

LOS LIBROS

PARALELO 53 SUR, por *Juan Marín*.—Editorial Nascimento.—
Santiago de Chile, 1936.

Médico, marino, aviador, ensayista, poeta, novelista, hombre de acción, en Juan Marín se advierte una personalidad pro-teica y acusada, que se prodiga en las más disímiles actividades, dejando en cada una de ellas el acento bien marcado de su espíritu inquieto y ágil. Como poeta, le conocemos sus éxitos en la corriente vanguardista; como narrador, le hemos leído unos cuentos livianos y de factura magazinesca, y una novela mediocre: «Margarita, el aviador y el médico». Ahora, se nos presenta como novelista de envergadura en «Paralelo 53 Sur». Con esta novela, queda Juan Marín colocado entre los buenos escritores nacionales, pudiendo tal obra exhibirse como un exponente de la literatura chilena.

No es el tema tan socorrido del campo ni el de los suburbios de las grandes ciudades el que novela Marín. De la región magallánica, que Marín ha recorrido en su calidad de marino, extrae los ingredientes con que compone sus relatos; la sola pintura de los hombres y paisajes de esa región antártica, garantiza el interés por su lectura. Por la lejanía y desconocimiento que de esa región tenemos, podríamos decir que todo cuanto acaece en ella tiene para nosotros un sabor exótico, como esos relatos ubicados en el lejano Oriente. No es, pues, necesario alejarse mucho del país para ser exótico dentro de nuestra propia realidad. Es

cuestión de cambiar de tema y de alejarse un poco de la realidad inmediata que nos cerca, de alivianar el estilo y de aligerar las descripciones. Marín ha sabido realizar todo esto, escribiendo una novela en que se alían el realismo prosaico de las existencias grises que pinta con el imaginismo de su espíritu que sabe planear en altitudes siderales. A este propósito, cabe referirse a la acusación que se ha hecho a la novela chilena de ser excesivamente realista, de un realismo de mediados del siglo pasado, se ha dicho que nuestros novelistas aun no se desprenden de la influencia de Zola; que sus novelas son demasiado minuciosas en la pintura del ambiente, sus personajes de escaso relieve y que más parecen historias que novelas propiamente tal. Sin duda, mucho de verdad hay en todo esto. Pero creemos que ello se debe, más que a influencias extrañas, a las características raciales de nuestro ser. País de montañeses, de vida ruda, de clima templado y aun frío, con gran porcentaje de sangre vasca y extremeña, de educación jurídica y gramatical, nuestros escritores tienen que ser lógicamente moldeados dentro de tal ambiente. Vivimos apegados a la tierra, como quien dice a la realidad, enclaustrados entre montañas altísimas que impiden tender el vuelo libremente. Como creemos también que las características de los escritores del trópico han sido determinadas por el ambiente en que viven. Sol fuerte y ardiente, vegetación abigarrada y multicolora; escritores de exuberante riqueza verbal, oradores grandilocuentes, poetas fantaseadores, mucha palabra, mucho colorido, mucha imaginación... Acá, realismo, sobriedad, apego a la verdad... Ahora bien, que los críticos que tal acusación han formulado digan también cuál de estas dos literaturas tiene mayor envidia, más calidad humana. Nosotros preferimos a Dostoiewski que a d'Annunzio...

Juan Marín ha sabido, como lo hemos ya anotado, ser fiel de la realidad y elevarse discretamente sobre ella en un amplio vuelo lírico. Sus descripciones, más que enumeración de accidentes geográficos, son visiones panorámicas, con los detalles indis-

pensables para dar la evocación precisa, como un paisaje efumado por la lejanía en que sólo se destacaran los colores llamantes y las crestas eminentes. El poeta asoma a cada momento y la gracia de la frase adquiere a veces ondulaciones rítmicas: «En la concavidad del cielo no hay sol, sino un reflejo metálico blanqueado de livideces. Hacia el norte, agua y cielo vibran en una sinfonía plateada. En el sur triunfan los tonos del azul; arriba terminan por fundirse en el armiño de las cordilleras y en el algodón de las nubes; abajo se oscurecen hasta perderse en las aguas». Así, numerosos son los aciertos estilísticos que encontramos en esta novela, con imágenes audaces y que abundan en las primeras páginas recargadamente; pero que van distanciándose a medida que avanza el relato, el cual discurre al final en un estilo llano, sencillo, casi periodístico.

Si las descripciones de esta novela merecen destacarse por la poesía con que Marín las reviste, la parte humana del libro debe señalarse por los numerosos personajes que en él encontramos, tallados todos en rasgos vigorosos y animados de un inconfundible soplo vital, de suerte que se independizan del relato para cobrar vida propia, diferenciados física y psíquicamente. Loberos, contrabandistas, buscadores de oro, guardafaros, empleados en los frigoríficos, jefes ingleses, agentes del Gobierno, etc., desfilan en la novela llevando cada cual el sino con que la vida los ungió al nacer. ¡Y qué tragedia la de esos desposeídos que viven urgidos por las necesidades elementales de comer y abrigarse! Hay en todo el libro una manifiesta simpatía por esos obreros que viven comiendo y abrigándose malamente y dando todo de sí en provecho del capitalista extraño. Marín, escritor y artista, no abdica de su calidad de hombre, y como tal no puede desoír el rumor confuso de esa masa que se agita instintivamente para encontrar una vida que le dé el mínimo de bienestar a que tiene derecho. Esta simpatía que manifiesta Marín por los humildes molesta a algunos críticos elegantes y refinados, hartados de todos los placeres del cuerpo y del espíritu. El escritor

indiferente, neutral, a esta lucha en que vive la humanidad no se concibe. Aquél que todavía cree que el artista debe aislarse en la clásica y vetusta «torre de marfil» a hacer un arte puro, se asemejaría a Plinio, quien estudiaba a un orador griego mientras el Vesubio cubría con su lava la ciudad en que estaba.

Esta simpatía por los trabajadores irrumpe en las páginas finales del libro en forma un tanto estrepitosa, un tanto panfletaria, casi demagógica, restándole al arte la misión sugeridora que lleva en sí. La propaganda o simpatía por tal ideología debe resultar de los hechos mismos, sin que se advierta intención preconcebida en el narrador. De la escueta narración de hechos verídicos, surge, implacable, la condenación.

De los relatos que constituyen estas páginas novelescas, tres merecen, a nuestro juicio, señalarse marcadamente: el hombre que muere helado en un frigorífico donde ha sido encerrado por un capataz inescrupuloso e inhumano,—el duelo de dos buzos,—y la pelea en el faro. La tragedia se insinúa sobriamente, sin truculencias, acentuando con ello los rasgos humanos de esas vidas anónimas y simples que Marín encontró en la región magallánica, las cuales nos las da a conocer encuadradas dentro de su propio ambiente.—MILTON ROSSELL.



ANTOLOGÍA DE LA POESÍA NEGRA AMERICANA, por *Ildefonso Pareda Valdés*.—Editorial Ercilla.

Entre los intelectuales uruguayos, ninguno hay tal vez que tenga mayores vínculos afectivos con los escritores de nuestro país, que este poeta, hoy incorporado a la lucha activa social en su patria y en América, del lado de las clases explotadas y en contra de los explotadores. Durante su paso por nuestro país, nos dejó conocer la entereza moral de su espíritu y nos mostró los múltiples aspectos de su talento. Poeta y ensayista, cultiva tam-